

Disparando a los relojes:

una promesa revolucionaria de Benjamin y Foucault

Introducción:

Para comenzar con este trabajo, me planteé una serie de preguntas: Las cosas que fueron, ¿fueron de la manera en que creemos? Las cosas que son, ¿son de la única manera que pueden ser? Y las cosas que serán, ¿serán distintas a como las imaginamos?

No es asunto desconocido para la filosofía el problema que nos encontramos cuando intentamos adjudicarle propiedad de sustancia a conceptos como la verdad, la historia o el progreso. Nos preguntamos, ¿Existe la Verdad? ¿Existe una Historia? Esto confluye en mi interrogante principal:

¿Todas las cosas que pasaron fueron de la manera en que nos enseñaron a pensarlo? Si, en cambio, las entendemos como construcciones, ¿quiénes se benefician con ellas? ¿Podemos cuestionarlas o modificarlas? ¿Y qué ocurre con nuestra visión sobre el futuro que se funda en ese pasado problemático?

Algunos de los conceptos centrales de la Filosofía de la Historia, como el progreso, el futuro, la linealidad temporal, son puestos en duda. Con miradas como la de Walter Benjamin, quien hace una serie de consideraciones que podemos pensar a partir de imaginar un pasado que no fue contado “de la manera correcta”. Aparece en Benjamin una crítica hacia “La Historia” por presentarse como una herramienta más de legitimación del poder actual.

La historia de los vencedores es la historia de las grandes figuras heroicas que se sostienen sobre la espalda de aquellos que fueron vencidos. Y es acá donde nos preguntamos, ¿quiénes son los vencedores, quiénes los vencidos y cómo se legitima su poder? Este interrogante es el que me lleva a la figura de Michel Foucault.

Me interesa analizar las tesis de Benjamin a partir de las categorías de investigación propuestas por Foucault, con el afán de hacer relucir el potencial revolucionario envuelto en ambos. Así, aplicar el concepto de “acontecimentalización” de Foucault a lo que Benjamin llama “cepillar la historia a contrapelo”, y utilizarlo como una herramienta práctica para la concreción de la revolución.

La Tempestad:

El primer eje a trabajar va a ser el eje de la crítica, representado a través de la metáfora de la tempestad.

Benjamin hace una fuerte crítica al Progreso moderno, que concibe al tiempo de manera lineal, al considerarlo como algo puramente mecánico: El Progreso es uno, universal y hacia “adelante”, es decir, hacia el futuro. Si consideramos, por ejemplo, el teleologismo kantiano, la historia va hacia donde se supone que tiene que ir. Este tipo de pensamiento nos puede hacer creer en un determinismo histórico o peor, en un falso optimismo generacional que nos hace creer que no importa lo que hagamos, el futuro va a llegar porque el camino en el que vamos es el camino correcto, sea cual sea.

Toda historia, dice Benjamin, camina sobre ruinas. Las ciudades masacradas, las familias destruidas, las minorías subyugadas, es el escenario de la historiografía tradicional. Esto no es más que la exaltación de los grandes hombres, la aceptación de las injusticias, la resignación ante el sufrimiento de todos los que quedaron atrás.

Rechaza la idea que presenta a la historia como un tren con un camino prefijado y que ya conocemos. Porque, si ya lo hacemos y el destino ya está impuesto, entonces no deberíamos de hacer nada para progresar. El progreso se desarrolla en un incesante apilamiento de ruinas, al ser la voz de quienes lograron vencer. Ruinas que nos aplastan y nos arrastran, inevitablemente, hacia el futuro. Va a decir en la Tesis XIII:

La representación de un progreso del género humano en la historia no puede ser dissociada de la representación de su marcha recorriendo un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de esta marcha tiene que constituir la base de la crítica a la representación del progreso en absoluto. (1996:60)

Si atendemos a su contexto histórico, rápidamente nos damos cuenta cómo pretende utilizar su pensamiento en la lucha contra el fascismo. Walter Benjamin era un alemán de origen judío que vivió en la primera mitad del S XX, y que falleció en 1940 en un fallido y confuso intento por escapar hacia Norteamérica del incipiente nazismo, durante la Segunda Guerra Mundial.

Podríamos pensar que, desde una mirada foucaultiana, los filósofos modernos defendían el progreso por su “a priori histórico” (Foucault, 1969:214), sus condiciones históricas dadas. No sólo era una aspiración, sino que poco a poco lo veían convertirse en realidad. Sin embargo, no

llegaron a experimentar en carne propia las desastrosas consecuencias que, tanto la evolución tecnológica como la acumulación de conocimiento, la ambición por el poder y las marcadas tendencias imperialistas, tuvieron sobre Europa y la humanidad entera. Nada más arraigado a la experiencia y condiciones históricas de Benjamin que la tempestad del progreso: la completa destrucción de medio mundo.

De esta manera, no puede pensar en algo que esté más equivocado que el teleologismo del progreso moderno y, por ende, el presupuesto más grande de la Filosofía de la Historia: que las cosas van hacia algún lugar. Tomando nuevamente el ejemplo del teleologismo kantiano, nuestra distintiva característica, nuestra insociable sociabilidad que nos acerca y aleja de los otros incesantemente, nos va a llevar, en última instancia, a la consagración del Estado Cosmopolita, y la historia estará completa

Definitivamente las cosas van hacia algún lugar, pero ¿hacia dónde? No lo sabemos.

¿Qué sentido tiene? No lo sabemos.

¿Cómo nos ayuda a combatir las perversidades del presente? No lo hace.

Ahora bien, no debemos pensar que el filósofo alemán se estanca en este pesimismo o que se mueve a la deriva. Al contrario, es un pesimismo revolucionario que está al servicio de “la emancipación de las clases oprimidas” (2001:24), como dice Michael Lowy.

Cepillar la historia a contrapelo como un buscador de perlas:

El segundo eje plantea la respuesta teórica a la crítica del progreso. De esta manera es que llegamos a la siguiente pregunta: ¿Y si la filosofía no fuera la búsqueda para legitimar lo que ya existe, sino una búsqueda activa para transformar lo que ya tenemos?

Para eso vamos a introducir al filósofo francés Michel Foucault, y el uso que hace de la actitud crítica como instrumento de análisis, así como el concepto de problematización, que pone en jaque la naturalización de nuestro pensamiento. Con esta disposición en mente, podemos analizar el pensamiento de Benjamin a partir de los 3 ejes principales de la filosofía de Foucault: el sujeto, el saber y el poder. Se trata, a grandes rasgos, de revisar la experiencia dentro de una cultura, para analizar así los distintos campos del saber, sus tipos de normatividad y las formas de subjetividad a las que están sometidos.

El trabajo de Benjamin está, en gran medida, dedicado a derribar aquella concepción tradicional de la Historia, asimilable a lo que Foucault describe como la “historia propiamente dicha”: la que parece borrar la irrupción de los acontecimientos. El filósofo alemán se propone reivindicar la historia de los vencidos, mientras que las categorías del filósofo francés nos sirven para identificar los momentos de lucha subversiva planteados por Benjamin. Si tomamos el concepto de “acontecimentalización” (1980:60) de Foucault, es decir, la ruptura de evidencia de lo que a primera vista llamamos “constante histórica” (1980:61) y hacemos surgir la singularidad de “... una evidencia que se impone de igual manera para todos” (Foucault, 1980:60) en nuestro saber; podríamos aplicarlo a lo que Benjamin llama cepillar la historia a contra pelo: “... sacarse de la cabeza todo lo que sabe del transcurso ulterior de la historia” (p. 52).

Quiero decir, analizar la historia abandonando nuestra visión provista por la historiografía tradicional, tal como plantea Benjamin, para encontrar en ella, esos momentos o procesos que dieron lugar a que la historia se desarrollara de una manera específica. Es decir, los fuertes por sobre los débiles, entendiendo que esos momentos fueron precisamente donde los poderosos vencieron, lo que hizo posible su consolidación en el imaginario colectivo. Instaurando, de esa manera, la “evidencia” de su poder, tal como lo plantea Foucault.

¿Hay, entonces, cosas evidentes? Suponer que nuestros saberes y prácticas se apoyan sobre la evidencia del “deber ser” es, en gran parte, sustancializar la historia. Hacer inamovible los hechos históricos que favorecen a quienes se encuentran en el ejercicio del poder, esto es que los actores vencedores establezcan como Verdad la historia de sus triunfos. Es el ejercicio del poder en el uso práctico de la verdad, el que impone una manera de ver las cosas. Es en este momento en donde reconocemos el punto clave: romper las evidencias e ir más allá. No basta simplemente con identificar esta concepción tradicionalista, sino en lo que ocurre una vez que nos volvemos conscientes de todo lo que ha sido arrebatado en la historia de la humanidad.

Es imperativo que, en términos de Foucault, problematicemos nuestro pasado y reconozcamos la acontecementalización cual buscador de perlas: que podamos identificar las “perlas” de construcción de legitimación para actuar en consecuencia en nuestro presente. El futuro no tiene incidencia alguna, porque lo que importa es dónde estamos parados ahora. Romper con las evidencias, esas condiciones de aceptabilidad que establecieron ciertos elementos como verdaderos, universales y necesarios. Debemos despertar del ensueño futurista, es decir, esta mirada cegada de un futuro mejor y tomar conciencia de que las cosas no siempre fueron así.

Todo lo que surge, lo hace bajo ciertas condiciones y es factible de cambio porque no hay ningún poder más grande, ningún teleologismo determinado, que nos empuje.

Recuperar a los vencidos es un acto de reparación histórica, es decir, un intento de subsanar los daños causados por la violación de los derechos humanos; que sólo puede darse si entendemos que la misión mesiánica, tal como la plantea el filósofo alemán, corresponde a la acción humana. Benjamin toma a la teología judía como fundamento, pero no para esperar la llegada de un Mesías que nos salve. Al contrario, debemos liberar al pensamiento colectivamente: cepillando la historia a contrapelo como un buscador de perlas, para así armar la Revolución. Lo expresa en la Tesis VIII al decir que "... estará ante nuestros ojos, como tarea nuestra, la producción del verdadero estado de excepción; y con ello mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo" (1996:53).

Disparando a los relojes:

Tercer y último eje de la argumentación, el combate activo o la puesta en práctica de la promesa revolucionaria.

Si decidimos quitarles la agencia a los personajes históricos al sustancializar la historia, y olvidamos que estos no veían un futuro determinado, sino muchos futuros posibles, entonces se nos hace casi imposible entender su accionar. El vencido, en su presente, no es consciente de que iba a ser vencido, sino que sigue moviéndose en un mundo con innumerables posibilidades. Su acción es, sin lugar a dudas, consecuencia entera de ese paradigma. Entender estas causas, las que mueven a los agentes históricos, es entender la historia. Si entonces, le otorgamos agencia al personaje, logramos entender que, a nivel subjetivo, no está ligado a la historia como fue, sino que actúa desde su presente en contexto. Esto nos puede llevar a pensar que los sujetos del pasado no son los únicos con agencia histórica, sino que también la poseen los del presente. Pensar al sujeto de un pasado histórico desde su propio presente implica necesariamente pensarnos a nosotros mismos como sujetos históricos, con agencia en la historia. De esta manera la agencia puede contribuir a la legitimación del poder al crear o reproducir la historiografía tradicional o, en cambio, la pueda combatir, convirtiendo la ruptura de la evidencia foucaultiana, esa desnaturalización, en un llamado para todos los sujetos sociales a cambiar el presente, el "tiempo-ahora" benjaminiano.

Así, llegamos a la revolución de las barricadas en julio de 1830 en Francia que le da título a este trabajo. Ante la recién restituida monarquía por parte de Carlos X de Borbón, se dieron

una serie de revueltas a modo de protesta contra las acciones del poder monárquico. Es aquí que Carlos X se ve obligado a abdicar frente a Luis Felipe de Orleans, quien terminó por instaurar un régimen político liberal de carácter doctrinario. La figura de las revueltas pasaría a la historia como la noche donde los obreros de París lograron parar el tiempo: los revolucionarios franceses dispararon contra los relojes de las torres que marcaban tanto así su tiempo de trabajo, como la organización entera de la vida y el poder del absolutismo monárquico.

De este modo, los disparos hacia los relojes de parte de los obreros parisinos en la revolución son representados, en Benjamin, no sólo como la toma de conciencia de la realidad injusta, sino también como el combate activo contra el continuum de la historia, es decir su pasiva linealidad. Provocar la venida del Mesías, a partir de la acción colectiva y propia, con la intención de dar paso a una nueva era, un nuevo tiempo, una nueva historia.

Este carácter de defensor incansable de los olvidados de Walter Benjamin puede ser utilizado en el ejercicio de cepillar la historia a contrapelo, con la acontecimentalización que nos permite identificar las “perlas” de construcción de legitimación. Así, desnaturalizarla, transformar nuestra realidad actual y, en última instancia, reconstruir una historia ya problematizada. Dicho con otras palabras: Recuerda las luchas del pasado, interrumpe la historia presente y redefine ese “tiempo-ahora” que te mantiene atado con cadenas a los pies de quienes sólo supieron sembrar tempestad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Benjamin, W. “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*, Santiago de Chile, Arcis, 1996.
- Foucault, M. *La imposible prisión. Debate con Michel Foucault*, 1980, Barcelona, Anagrama.
- Foucault, M. *¿Qué es la crítica?*, 2018, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. “El sujeto y el poder”, en Dreyfus y Rabinow, *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, 1988, México, Universidad Autónoma de México.
- Foucault, M. “Prefacio” *El uso de los placeres*, 1998, Madrid, Siglo XX
- Foucault, M. (1969). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Kant, I. *La filosofía de la historia*, 1978, México, Fondo de Cultura Económica.
- Löwy, M. (2001). *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Mexico: FCE, 2001.